

Nacho Montes

UN PALACIO EN VENEZIA

La novela de Fortuny, el mago de las telas

la esfera  de los libros

Nota del autor

Esta historia no es una biografía sobre Mariano Fortuny y Madrazo.

La magia de la literatura está en hilar historias mezclando esas cosas que fueron de verdad con muchas otras que solo han vivido en la imaginación de los que las escribimos.

Y eso hago yo con sumo placer en mis novelas, recrear espacios, lugares, tiempos y personajes que fueron de verdad y envolverlos en la fantasía de todo aquello que también pudieron ser, pero no siempre fueron. Y si lo fueron, nunca se supo a ciencia cierta.

La literatura y yo somos eso, más fantasía que ciencia.

Todos los lugares principales que aparecen en esta historia y su tiempo histórico son reales y los he narrado basándome en su verdad. Algunos de los personajes son reales y otros inventados, al igual que parte de sus vivencias y sus tramas en estas hojas.

En el lector está la otra magia de la literatura. La de disfrutar de lo que fue y fantasear con lo que pudo ser.

Con esa poderosa magia doble, las novelas nos seguirán emocionando eternamente a los que las escribimos y a los que nos leen.

Un tejido antiguo es como un mapa. Podemos descubrir en él tesoros, lugares e historias que otros vivieron sobre su piel cientos de años atrás. Este que cubre hoy tu caja es una dolorosa herida sin cicatriz a la vista. En Venecia hace frío y es agosto. Quizá no lo hace y soy yo que no he sabido cómo vestirme para despedirme de ti, mamá, este verano triste de 1932, en el que me miro a los espejos del palacio Martinengo, y no me reconozco.

No sé bien qué me queda de aquel niño que jugaba con un tren de madera en los suelos helados del Museo del Prado. Ni del joven que se enamoró de Henriette, la mujer más frágil y fuerte a la vez de la tierra. Hoy, no sé por qué, solo recuerdo dos cosas con nitidez. La primera, tu mirada. Tus miradas hablaban siempre sin tener que decir nada, como cuando observabas los cuadros de papá y del abuelo o como cuando llegó a Venecia en su primer viaje mi esposa y tus retinas analizaron cada uno de sus movimientos. Y la

segunda, aquella tormenta de julio que hizo que Luisa Casati, Bruno del Amor y yo nos encontrásemos en los soportales de la plaza de San Marcos el verano de 1902. Han pasado tantos años, mamá...

He sentido que el agua del Gran Canal se teñía de oro. Ese oro viejo de los marcos de los cuadros de casa llenos de vetas oscuras que hablan del tiempo. Hoy te vas y lo haces sin saber muchas cosas de mí que habría querido contarte. Igual sí las sabes y he subestimado a ese poderoso hilo invisible que une en la vida y en la muerte a las madres con los hijos. Solo por eso habría deseado nacer mujer.

Quiero que el tiempo corra. Quiero que esta herida tenga pronto una cicatriz que cuando pase el dedo me recuerde que hubo dolor, mucho, pero que ya no duela.

* * *

Mariano Fortuny se despertó de un escalofrío, buscando sus cuadros, sus libros y las telas que vestían gloriosos el *pòrtego* del segundo piso del Palazzo Pesaro degli Orfei donde las cenefas y las cornisas se mantenían erguidas y altivas sobre las columnas de piedra. Deseaba que todo lo que su mente había masticado hasta la náusea mientras dormía fuese una pesadilla. Pero, cuando se incorporó, nada de eso había. Hundido en unos de los viejos butacones del palacio Martinengo miró a su alrededor;

el dolor volvió a hacerse tangible como una punzada y las náuseas llenaron su estómago de un vértigo sólido como una piedra. Allí estaba la caja de madera en la que descansaba su madre, cubierta con ese antiguo tejido que ella misma había descartado de la subasta parisina organizada con los cuadros y los tejidos tan solo un año después de quedarse viuda, con dos niños pequeños a su cargo.

Se levantó como pudo, se acercó a la caja. Pasó la mano por la tela envejecida. Estaba suave a pesar del tiempo y de las arrugas. Le pareció hasta sedosamente dulce al contacto con sus manos ásperas, curtidas y ajadas por años de tintes y disolventes. Dibujó con su dedo índice las sutiles estampaciones que todavía enriquecían el tejido. Pensó en su madre de nuevo, ahora tan despierto. La vida les había separado y unido cientos de veces a escasos metros uno del otro, en esa Venecia que hoy bullía bajo el sol de agosto, aunque a él le pareciese que la brisa era de un otoño ya cumplido.

Cuando la marquesa de Casati entró en la sala, con su imponente Delphos Burgundy y su pamelita negra, los ojos de Mariano se llenaron de lágrimas. Se abrazaron, ante la presencia muda de una Henriette que parecía una estatua griega. Al fondo, en el umbral de la puerta, un cabizbajo y discreto Bruno del Amor sintió cómo los ojos le escocían hasta desbordarse en dos surcos de dolor que

dejó de contener cuando se topó con la mirada líquida de su amigo del alma.

En Venecia, en segundos, el sol se esfumó bajo una nube negra como una noche cerrada y estalló la tormenta.

ANTES DE TODO

*Hôtel Drouot, París,
26 de abril de 1875*

Nadie había visto llorar en público a Cecilia de Madrazo desde la repentina muerte de Mariano Fortuny a sus treinta y seis años. Nadie. Y no porque ella no tuviese ganas de hacerlo, sino porque no quería permitirse esa debilidad. No en ese momento en el que el mundo del arte y de la alta sociedad observaba en la distancia cada uno de sus pasos con extrema compasión, como si no fuese capaz de seguir adelante en un mundo lleno de hombres viudos que jamás detenían sus vidas cuando sus mujeres fallecían.

Cuando Cecilia llegó con su hermano Raimundo al Hôtel Drouot, la casa de subastas conocida por organizar las ventas de arte y antigüedades más importantes de París, el barón de Davillier ya estaba en su

puerta con su rotundo físico, su lazada oscura en el cuello de su almidonada camisa blanca y los brazos abiertos de par en par.

Jean-Charles Davillier, coleccionista de arte, escritor y nieto de uno de los banqueros más reputados de Francia, había organizado la venta de una parte de las obras de Mariano Fortuny y de casi ciento cincuenta piezas de tapices, tejidos e indumentarias de los siglos XIII al XVIII, entre los que se encontraban algunas prendas religiosas de incalculable valor. Y él mismo había ido pujando y adquiriendo esas piezas que no habían alcanzado el importe suficiente para que la viuda de su amigo tuviera más ganancias.

—Querida amiga, todo va a ir bien —exclamó con una sonrisa, abrazando con su poderosa anatomía a Cecilia, que parpadeó repetidamente para contener las lágrimas. No eran por volver a verle ya como viuda, sino por deshacerse de un patrimonio que su marido y ella habían ido forjando durante los últimos años con pulcra dedicación. Algo de su historia se empezaría a esfumar definitivamente en unas horas.

—Seguro que sí, Jean, seguro que sí —repitió varias veces en voz baja, como susurrando, con esa extraña sensación que unía, por un lado, el deseo de que las palabras del barón se cumpliesen satisfaciendo todas sus expectativas para que la vida de ella y de sus hijos siguiese adelante y, por otro, la tristeza de desprenderse de un pa-

trrimonio que, en el fondo de su corazón, era mucho más que una simple cuestión de billetes y fortuna.

—Y si algo más necesitas, yo estaría encantado de solucionarlo, no te preocupes por nada —añadió tajante, soltando a Cecilia del abrazo y observándola con ojos casi paternos, llenos de infinita ternura.

—Lo sé, querido amigo, lo sé. Pero sabe Dios que solo me deshago de esto porque lo necesito, no imagináis lo que significa perder muchas de estas piezas —sollozó, mirando a su hermano y al barón.

—El arte, querida amiga, es siempre un bien. El que nos enriquece el alma mientras podemos permitirnoslo y el que nos enriquece la cartera cuando ya no podemos conservarlo. No te deshaces de él como el que desecha un trasto viejo e inservible. Te desprendes de algo que te ha llenado muchos momentos de tu vida y que ahora llenará, de otro modo, muchos otros espacios que necesitas para seguir recordándolo. Solo cambia de manos y de lugares, pero, en el recuerdo, seguirá en ti como tantas obras que están en mil museos, lejos de nosotros, y que nos siguen haciendo soñar desde una pared ajena a nuestro patrimonio. Has tenido la dicha de haber disfrutado en tus propias paredes de estas piezas, ahora toca renacer gracias a ellas y añorarlas en la distancia, con ese amor que solo entendemos los que valoramos la belleza en su estado más puro. La vida es una rueda que nunca deja de dar vueltas. Nunca se sabe, Cecilia, quizá un día

vuelvan a ti estas piezas y, si no, llegarán otras para seguir vibrando con cada instante —sonrió el barón sin dejar de observarla.

—Mariano estará muy orgulloso de toda tu ayuda, no me cabe la menor duda —sonrió levemente tocándose las mejillas con ambas manos, mirando al cielo, sonrojada y triste.

En París, como en el dolorido corazón de Cecilia de Madrazo, empezaba a chispear.

Habían dividido la subasta de los bienes de Mariano Fortuny y Marsal en dos partes. Una primera, la «Colección Fortuny. Patrimonio pictórico en la subasta Drouot de 1875» con los cuadros. Y una segunda, la «Colección Fortuny. Patrimonio textil en la subasta Drouot de 1875» con los tejidos históricos, las cerámicas y las antigüedades.

La suma de los cuadros de Fortuny adquiridos ascendió a 657.105 francos por ciento noventa y seis piezas suyas y de otros artistas, que el coordinador de la subasta Jean-Charles Davillier había referenciado minuciosamente en el catálogo.

Cecilia de Madrazo se pellizó con fuerza en el muslo, por encima de la rica lana gris de su vestido, para contener la dura emoción y no gritar de dolor cuando *Los hijos del pintor en el salón japonés*, el inconcluso cuadro de sus hijos que su marido pintó en las últimas vacaciones en Portici, fue adjudicado con el número 114

de su lote por 30.500 francos. Solo superado por los 49.800 francos del número 1, *La playa de Portici*.

Sintió el dolor agudo en su pierna, soltó el pellizco y de repente notó que su alma salía de ella para volar hasta aquella casita de vacaciones que habían alquilado junto al mar. Pudo respirar el salitre del aire fresco y semidulzón de sus mañanas. Ahí estaban sus pequeños Mariano y María Luisa correteando por un jardín lleno de flores encendidas, mientras su padre pintaba, ajenos a la tragedia que pocos meses después rompería por la mitad el corazón de su madre y cambiaría el rumbo de sus vidas para siempre.

—¡Adjudicado!

Volvió de su ensueño cálido al frío de aquella sala del Hôtel Drouot, a pesar de estar llena de gente, cuando el martillo sucedió al subastero, con el sonido compacto y duro de su mazazo de madera.

—Adjudicado en 27.000 francos el número 57 del lote, con el nombre de *Patio de la alberca* —sonó alta y clara la voz entre el alboroto del gentío.

Así fueron adjudicándose, uno a uno, el *Patio bajo de la Alhambra* con el número 55 y 24.100 francos, la *Salida de la procesión de la iglesia de Santa Cruz de Madrid en tiempo de lluvia* con el número 33 y 20.000 francos y un sinnúmero de obras que habían formado parte de la colección personal de los Madrazo y que Cecilia veía diluirse desde el lluvioso París en la historia de su vida.

—Tienes que estar contenta, piensa en lo que hablamos antes —dijo el barón de Davillier, cogiendo a la viuda

de su viejo amigo del brazo y llevándosela a tomar una copita de vino, en el receso de la subasta, antes de abordar los tejidos y las antigüedades.

—Ahora mismo no puedo ni pensar, sinceramente, ¿qué hablamos? —preguntó desde la nube que la mantenía lejos de aquel París.

—Que un día, nunca se sabe, alguna de estas piezas volverá a la casa Fortuny, allá donde sea que se halle esa morada —respondió místico y cariñoso el barón, con esa sonrisa poderosa que escondía su generosa barba.

La segunda parte de la subasta consiguió liquidar ciento cuarenta y cinco piezas entre cerámicas y tejidos. En el apartado titulado como «Rarezas arqueológicas» había sedas y terciopelos labrados en oro italianos y españoles de los siglos XIII al XVI. Lo más valorado por los compradores, entre los que se encontraban eminencias del sector como Sampieri, Leclerc o Chatel, había sido la sección «Indumentaria religiosa. Bordados y ricas telas», que incluía tejidos, ternos, frontales de altar y tapices de los siglos XIII al XVIII. Con el número 100 de referencia se había subastado la pieza más alta, una dalmática española bordada en oro y seda sobre terciopelo rojo, del siglo XVI.

Estos lotes, a pesar de tener piezas tan codiciadas como el jarrón Basilewsky, que alcanzó la cifra de los 30.000 francos, no se acercaban ni de lejos al montante del patrimonio pictórico de Fortuny de la primera parte.

Davillier había adquirido a título personal una seda nazarí del siglo XIV por tan solo 270 francos, una arque-

ta árabe de marfil del siglo XII forrada con un lampás de seda y el «gran azulejo» por 1.950 francos, todos de procedencia hispanomusulmana. Lo había hecho sabiendo bien que los importes de estas piezas eran muy superiores, ya que el precio de las subastas no dependía del valor artístico de sus objetos, sino del valor del mercado, y como regalo para aquella Cecilia, que permanecía devastada mientras los marchantes y coleccionistas del mundo llegados a París celebraban con júbilo sus adquisiciones.

Durante esos cuatro días pasaron por los salones del Drouot gran parte de los coleccionistas más renombrados de la ciudad, artistas y amigos, en una subasta que la prensa había considerado como una de las más importantes en las últimas décadas. Tras ella, muchos de los cuadros de ese Fortuny ya reconocido en medio mundo y que aún se encontraban en su estudio desde su muerte el 21 de noviembre de 1874 por una maldita hemorragia estomacal, pasaron a manos de coleccionistas particulares de todo el planeta.

Cerraba Cecilia así una etapa y emprendía otra, lejos de la Roma en la que había fallecido su marido y en un mundo vertiginoso que se le abría por delante en Francia, sin saber aún que, no muchos años después, el palacio Martinengo de Venecia, que tanto le recordaría al estudio de pintura de Mariano en Roma, y esa otra parte de las obras y los textiles que no llegó a subastar, serían su mundo particular y nostálgico hasta el final de sus días junto a las aguas del Gran Canal veneciano.

PRIMERA PARTE

Venecia, verano de 1902

«Hay lugares a los que uno llega por primera vez con el corazón encendido y abierto para dejarse llevar por la vida. Hay lugares que se convierten para siempre, sin remedio, en personas. Y hay personas que en el corazón de los que las aman siempre serán lugares...».

Bruno del Amor escribió un puñado de palabras sin saber qué le tenía preparado su destino más cercano. Cerró la pequeña libreta donde anotaba farragosamente, entre sus dibujos, muchos pensamientos, contradicciones y hasta las fantasías más clandestinas. Se frotó los ojos con pereza, derrotado por el sueño y la resaca que le provocaban las noches junto a Luisa Adele Rosa Maria, marquesa de Casati desde hacía tan solo dos años, y se vistió torpemente para acudir a aquel aperitivo en el *caffè* Florian con su loca amiga, esa por la que había via-

jado desde París hasta Venecia sin más maleta que la excitante incertidumbre.

La vida, sumergida a medias en las aguas de unos canales que le parecieron tan malolientes como llenos de belleza, estaba por delante.

*Caffè Florian, plaza de San Marcos, Venecia,
1 de julio de 1902*

A Luisa Adele Rosa Maria Amman, marquesa de Casati desde su matrimonio con Camillo, marqués de Casati Stampa di Soncino, le gustaba escandalizar. Y lo hacía sin más motivo que el del puro placer de hacer lo que le daba la gana en cada momento, pensasen lo que pensasen los demás.

Luisa era la hija menor de Alberto von Amman y Lucia Bressi, nombrados condes por el rey Umberto I de Italia. La muerte de ambos, con solo dos años de diferencia, había convertido a una adolescente Luisa y a su hermana mayor Francesca en las dos mujeres más ricas del país. Su posterior boda con el marqués de Casati la había encumbrado aún más en la alta sociedad italiana de la *belle époque*, marcando su época no solo por

sus locas extravagancias y su pasión por las artes ocultas, sino por un gusto inmenso por el teatro, el arte y la danza clásica.

Era alta, huesuda y de ojos saltones. No era una belleza italiana al uso, pero era tan hechizante y magnética, decían, como la propia Italia.

Bruno del Amor tenía los ojos azules y el pelo rojo. Un nutrido puñado de pecas dibujaban en su nariz y sus mofletes un mapamundi, según lo llamaba Luisa, deliciosamente encantador. Nacido en España, en un pequeño pueblo del Pirineo aragonés fronterizo con Francia, había crecido mirando al país galo y hechizado por las cosas que contaban de París. Le gustaba pintar desde niño y encerrarse en su sencilla habitación, que miraba a las montañas nevadas gran parte del año, para escribir y dibujar en unos cuadernos de tapas de cartón azul que su madre le compraba en la pequeña imprenta del pueblo.

Era alto, ancho de espaldas y tenía los brazos y las piernas fuertes como los descargadores de los muelles venecianos y unas manos masculinas y grandes, pero tan cuidadas, que bien podrían pasar al tacto por las de una dama de la alta sociedad.

Luisa y Bruno se habían conocido en París, dos años atrás, pocas noches antes de que ella se convirtiese en la marquesa que ahora era.

Recordaba él con la nitidez que hoy le faltaba cómo aquel vestido lleno de cuentas de cristales y pequeñas

plumas de aves oscuras se abría hasta su ombligo en un escote que más que un escándalo para algunas damas parisinas se había convertido en un grito de libertad compartida. Recordaba también ese olor intenso, como a opio y licores mezclados con flores, que emanaba de su larguísimo cuello cuando ella sonreía altiva, como un cisne negro de hipnótica belleza.

Recordaba ella, como si los años no hubiesen pasado, cómo los ojos de aquel pelirrojo de belleza romana se encendieron llenándose de ese azul vivo del mar los días más claros del verano, con el sol en lo alto, cuando se cruzaron por primera vez. Y el calor de aquella sonrisa eterna, hasta cuando lloraba, la primera noche que se emborracharon juntos en uno de aquellos clubes clandestinos del París más divertido y fascinante del mundo en esos gloriosos inicios de 1900.

El Florian era el café más antiguo de Italia, había abierto sus puertas por primera vez en las Navidades de 1720 bajo el premonitorio nombre de *Alla Venezia Trionfante*, pero enseguida los venecianos adquirieron la popular costumbre de llamarlo el Florian, en honor a su fundador, Floriano Francesconi. Un siglo después, en 1858, el nuevo propietario encargó a Lodovico Cadorin, arquitecto de la Academia de Bellas Artes, ampliar y remodelar sus salas. En toda Italia ya era conocido el local por lugareños y foráneos, y el «*Andemo da Florian*» —¡Nos vemos en el Florian!— era la frase más popular en todos

los círculos sociales. También los de las altas esferas que frecuentaba la extravagante marquesa de Casati.

Cuando volvieron a encontrarse, en el histórico *caffè*, ella levantó la cabeza estirando su cuello hasta el infinito para alcanzar un beso en los labios del pelirrojo desde su sofá, en la terraza más divina del mundo.

—Está usted bellísima, marquesa —exclamó con esa sonrisa inmensa y fresca que poseía Bruno.

—Le recuerdo, querido, que si me llaman marquesa en la primera cita siempre termino haciendo el amor —respondió ella teatralmente, sin dejar de mirarlo a los ojos profundamente.

—No es nuestra primera cita. Tiene mala memoria, marquesa —insistió él, con esa aniñada malicia que era parte de su arrollador encanto.

—No sé de qué me habla, la verdad, pero brindemos y bebamos —sentenció, sirviendo en la copa de su amigo un generoso chorretón de la *grappa* que le guardaban siempre como un tesoro, custodiada en la bodega desde el inicio de todos los tiempos.

Brindaron varias veces, con dos sonrisas de verano, sin dejar de mirarse a los ojos. El último brindis sonaba en el aire justo cuando estallaba la primera tormenta de la temporada estival, inundando las eternas piedras de la plaza de San Marcos, y Mariano Fortuny y Madrazo se colaba en el soportal para guarecerse de una lluvia que parecía presagiar húmedos encuentros.